

## NEUROSIS DEL DOMINGO. (1919a).



**Sándor Ferenczi**

La psiquiatría da cuenta de estados patológicos cuyo desarrollo presenta una clara periodicidad; bastará con señalar la manía y la melancolía cíclicas. También sabemos, desde que Freud lo ha demostrado psicoanalíticamente, que los psiconeuróticos -que en gran proporción, como se sabe, padecen recuerdos rechazados- celebran gustosos el aniversario de determinados sucesos críticos o importantes de su vida con una exacerbación de sus síntomas. Pero nadie, que yo sepa, ha descrito aún las neurosis cuyas fluctuaciones sintomáticas se relacionan con un determinado día de la semana.

Sin embargo, creo poder afirmar la existencia de esta periodicidad particular. He tratado a muchos neuróticos cuya historia patológica, narrada y reproducida durante el análisis, mostraba que determinados estados nerviosos -en particular en su juventud- se producían en un determinado día de la semana, con perfecta regularidad.

La mayoría de ellos sufrían un retorno periódico de sus problemas el *domingo*. Se trataba por lo general de *dolores de cabeza* y de problemas *gastro-intestinales* que aparecían ese día sin ninguna razón especial y que comprometían a menudo seriamente la jornada libre semanal de estas personas. No es preciso decir que tuve en cuenta la eventualidad de causas racionales. Los mismos pacientes se esforzaban -con aparente éxito- en dar una explicación racional a esta curiosa periodicidad de su estado y trataban de relacionarla con las costumbres particulares del domingo. Se duerme más tiempo el domingo que el resto de los días, de donde derivan los dolores de cabeza, decían algunos; el domingo se come más y mejor, y por ello hay indigestiones, decían otros. Por mi parte no dudo de la influencia de tales factores puramente somáticos sobre la constitución de la periodicidad del domingo.

Sin embargo, algunos hechos parecen indicar que tales factores fisiológicos no satisfacen ni agotan todas las circunstancias del problema. Los dolores de cabeza, por ejemplo, aparecen incluso cuando la duración del sueño no excede el domingo a la de los restantes días, y los dolores de estómago surgen aunque el enfermo y su entorno, alleccionados por la experiencia, hayan practicado ese día una dieta profiláctica.

En uno de estos casos se me dijo que un niño presentaba escalofríos y vómitos todos los viernes por la tarde. (Se trataba de un niño judío para quien el “descanso dominical” comenzaba el viernes por la tarde). Él y toda su familia atribuían esta situación al consumo de pescado, pues el viernes por la tarde raramente faltaba el pescado en su mesa. Pero no sirvió de nada el renunciar al consumo de estos alimentos; los problemas aparecieron igual que antes, lo que fue entonces atribuido a una idiosincrasia ligada a la visión de los alimentos dañinos.

El factor psicológico que considero como una ayuda o incluso como una causa del retorno periódico de tales síntomas lo proporcionan las circunstancias que -aparte del sueño prolongado y de la comida más copiosa- caracterizan al domingo.

El domingo es actualmente el día festivo de la humanidad civilizada. Pero sería un error creer que este día festivo significa simplemente una jornada de reposo físico y psíquico; hay otros factores afectivos que contribuyen notablemente a la expansión que procura por lo general. En este día no sólo somos dueños de nosotros mismos, nos sentimos libres de todas las obligaciones que el deber y la opresión exterior nos impone, sino que también sentimos una especie de liberación interior. Sabemos por Freud que los poderes internos que dirigen nuestros pensamientos y nuestros actos por caminos irreprochables en el plano de la lógica, de la ética y de la estética no hacen más que reproducir instintivamente lo que la necesidad externa imponía antes al hombre. No hay que extrañarse de que la reducción de la presión exterior actual suponga al mismo tiempo la liberación parcial de los impulsos, por lo general

fuertemente reprimidos. La disminución de la censura exterior entraña también la de la interior.

Para el espectador no implicado resulta siempre interesante observar cuánto varía el “nivel” de un grupo humano con ocasión de las fiestas. “Auf der Alm, da gibt’s ka’ Sünd”,<sup>1</sup> dice el proverbio estirio, lo que significa que en las excursiones dominicales al monte “todo está permitido”. Los adultos se conducen como niños y los niños pierden toda medida y a menudo se dejan llevar por libertades que provocan por parte de las personas revestidas de autoridad castigos que ponen bruscamente un triste fin a la alegría desenfrenada. No siempre ocurre esto, porque los adultos dan pruebas a menudo en estas ocasiones de una extraordinaria longanimidad, como si se hubieran comprometido tácitamente mediante un acuerdo secreto que asegurara a los culpables una impunidad provisional.

Pero no a todo el mundo le es dado descargar con esta libertad y esta naturalidad su excesivo buen humor los días de fiesta. Quienes presentan una disposición neurótica tienden a una inversión de afectos justamente en tales ocasiones, bien sea porque tienen que contener impulsos particularmente peligrosos (que deben controlar con una atención especial cuando son tentados por el mal ejemplo de los demás), bien porque su conciencia hipersensible no tolera ninguna falta. Sin embargo, en el interior de estos “aguafiestas” ocurre que, además de su depresión inoportuna, las mociones deprimidas, activadas por la fiesta y por las fantasías autopunitivas movilizadas contra ellas, se manifiestan mediante pequeños síntomas histéricos. Así calificaría yo los dolores de cabeza y las perturbaciones gástricas dominicales antes mencionadas; “el sueño prolongado”, “la comida abundante”, etc., no son más que pretextos utilizados por esta pequeña neurosis para disfrazar sus verdaderas motivaciones con una apariencia racional.

En favor de esta concepción, citemos el hecho de que al lado de las “neurosis de domingo” periódicas pero efímeras, existen también “neurosis de vacaciones” más prolongadas. Las personas afectadas por ellas sufren durante sus vacaciones escolares o sus ocios de un estado físico más o menos penoso. Además de las pequeñas histerias ya mencionadas, se constata a menudo en ellos un curioso cambio de humor. Pienso en un determinado *aburrimiento cargado de tensión* que puede interferir en todas las distracciones del individuo y suponer igualmente una incapacidad para el trabajo muy penosa en sí. “Pereza y mala consciencia”, “pereza sin placer” -son las expresiones utilizadas por uno de estos pacientes para caracterizar su estado anímico. Otro hablaba de una nostalgia por algo indeterminado y recordaba que ya en su infancia tenía la costumbre de atormentar a su madre durante horas con esta petición de múltiples sentidos “¡Mamá, dame algo!”. Pero todo lo que podía darle su madre le dejaba insatisfecho y continuaba gimiendo hasta el momento en que recibía una severa reprimenda o incluso un castigo; entonces se calmaba.<sup>2</sup> ¿Serán también deseos insatisfechos los que se disimulan tras las neurosis del domingo? Si esto es así, ¿cual es el contenido de tales deseos? ¿De dónde provienen la mala consciencia, la tendencia autopunitiva de los síntomas y el notable efecto terapéutico -bien conocido por los padres- del castigo?.

En el último paciente citado, el psicoanálisis ha descubierto en el contenido escondido de sus deseos culpables inconscientes -a pesar de toda mi buena voluntad por introducir finalmente algo nuevo en las motivaciones últimas de las acciones humanas-, una vez más, componentes de la fantasía edipiana: rebeldía frente a la autoridad e impulsos que intentan apoderarse del padre del otro sexo. Mientras la experiencia no me proporcione nada mejor, consideraré esta motivación de los síntomas igualmente válida para las demás neurosis de días festivos.

En el niño que sufría problemas gástricos el viernes por la tarde fue preciso buscar más lejos la determinación de los síntomas. Se sabe que los judíos piadosos se sienten en la obligación no sólo de comer pescado el viernes por la tarde sino también de practicar el amor conyugal; al menos muchos judíos, en particular los pobres, interpretan así la santificación del Sabbat prescrita por la Biblia. Si, por inadvertencia de los padres o por propia curiosidad, el niño observa más de lo que debe, puede establecerse en él una asociación permanente entre el pescado (símbolo de fecundidad) y estos hechos excitantes. Así se explica su idiosincrasia; pero en tal caso el vómito no es más que “la materialización” de estos procesos de los que ha sido testigo, la misma forma del pez puede proporcionarle el puente asociativo.

Los hombres quieren tener fiesta del mismo modo que desean tener pan. *Panem et circenses*. En “Tótem y

---

1.- “En los montes no hay pecado”. (N del T.).

2.- En el encantador poema humorístico del poeta húngaro Vörösmarty, “Pierrot”, en vano trata la madre de consolar con regalos y dulces a su Pierrot que tiene un gran disgusto; por último pronuncia el nombre de la vecinita Juliette; el pequeño negativista reacciona rápidamente: “¡Que venga pronto!”, pero la inquieta madre no es sin embargo inocente, así que riñe al niño y lo envía a la escuela.

tabú”, Freud ha explicado por qué los clanes totémicos sienten la necesidad en días determinados de despedazar el animal totémico, venerado por otra parte con un terror sagrado. Las bacanales y las saturnales tienen por lo demás su equivalente en todos los pueblos incluso en nuestros días. Las Kermeses y la fiesta del Purim de los judíos han conservado igualmente algunos rasgos de esto.

Podemos suponer que algunos restos de esta tendencia liberadora atávica se mezclan en el ambiente de fiesta semanal y provocan en las personas particularmente sensibles las “neurosis del domingo” periódicas.

El “Katzenjammer” o el “blauen Montag”<sup>3</sup>(3), que suceden a los días de fiesta, equivalen a una melancolía cíclica subsiguiente y pasajera.

Cuando en los días de fiesta, con ocasión de la reducción de la presión que las cargas y obligaciones exteriores ejercen sobre él, el hombre siente también la necesidad de una satisfacción sexual, puede que no haga sino seguir el rastro de los procesos biológicos que han impulsado en todo tiempo a la humanidad a organizar sus fiestas.

La periodicidad de los procesos genitales sería, pues, el prototipo y el modelo de la necesidad normal de alternar el sufrimiento de todos los días con la libertad de las fiestas, así como el de las “neurosis de fiesta” periódicas y posiblemente también del desarrollo cíclico de la psicosis maníaco-depresiva.

**(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).**

*Volver a Selecciones Ferenczianas*

**PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE**

**<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>**

**Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).**

---

3.- En alemán en el texto. “Dolor de los cabellos” (N del T.).